

misma ley, que ha adquirido un grado de abstracción formal suficiente para ello, puede aplicarse a otros conjuntos. Así hoy es normal hablar de feudalismo chino, japonés o árabe, con lo que la ley «feudalismo» se aplica a una variedad de casos similares, en lo que tienen en común. Ya a aquel joven devorador de obras históricas que fue Ortega le sorprendió vivamente el ejemplo de un Meyer —ejemplo aportado también en este caso por Maravall— que sostuvo que en la Historia de Grecia había que distinguir una Edad Antigua, una Edad Media y una Edad Moderna, como en la Historia de Europa, llegando incluso a convertir esa ley de las tres edades en una ley formal. Advierte Maravall que este proceder no puede nunca llegar a constituirse propiamente en el método histórico, sino que es un mero artificio auxiliar, ya que tarea de la Historia es dar leyes estructurales únicas, y, por lo mismo, debe mantener siempre la referencia individualizada al conjunto al que directamente se aplica. Contra una tendencia generalizada, Maravall sostiene que es misión de la Historia *etiquetar* a fin de poder organizar el conocimiento histórico: «Conocer es etiquetar» estructuras históricas. La Historia ha de ser muy cauta en el uso del verbo *ser*, cuya función lógica es muy distinta en los diferentes modos del lenguaje, y que si se usa aquél para formular un enunciado atributivo o de clase, se usa también para aquellos casos en los que se quiere expresar una relación.

Un ejemplo aclaratorio de lo dicho:

En alguna ocasión se ha hecho una afirmación de este tipo: Descartes es el filósofo de la época de la manufactura. Esto no puede entenderse rectamente ni en el sentido atributivo de que a una industria en el estado de la manufactura pertenezca de suyo un filósofo como Descartes, ni en el sentido de una imputación de clase que nos haga afirmar que Descartes es de la clase de filósofos que florecen en una economía manufacturera, de modo que dondequiera que veamos aparecer ésta, veremos aparecer filosofías cartesianas. Sólo se puede afirmar ese nexo entre Descartes y un cierto tipo de organización industrial, como una relación en virtud de la cual reconozcamos entre ambos hechos un nexo consistente en que, como miembros de una situación histórica dada, el pensamiento racionalista hace posible el desarrollo de la manufactura y una organización económico-social de este tipo hace que surja un racionalismo filosófico. Para seguir sirviéndonos del verbo *ser* en un enunciado de carácter relacional como el del ejemplo que hemos tomado, tendríamos que decir algo así como esto: Descartes es el filósofo en la época de la manufactura; aunque la fórmula tampoco es enteramente ajustada al caso, y no lo es porque tiene un pretendido o, por lo menos, un aparente valor de definición, y ya dijimos que las definiciones no rigen en Historia. Para intentar saber lo que Descartes significa hay que desplegar su compleja relación con la estructura histórica de la Europa del XVII —tal es el método narrativo, propio, según Ortega, de la razón histórica (*ob. cit.*, p. 201)

No interesa a la Historia la determinación que sobre los acontecimientos pueda darse en virtud de ley, según el tipo de la ciencia clásica, o por acción de una causa individual, en la cual se contenga necesariamente el efecto. No tenemos que operar ni con casos reiterables o generalidades de tipo legal ni con entes sustantivos, sino con funciones o relaciones que no se corresponden con las dicotomías del principio del tercero excluido (*ser* o *no ser*), sino que, respondiendo a un principio de interacción, permiten ver transiciones, cambios y modos complementarios de *ser*. Un hecho, un acontecimiento no es explicado por subsunción en clases ni por inserción en oraciones atributivas, sino en función de variaciones e interdependencias dinámicas, históricas, que derivan de la estructura

del conjunto. Y seguidamente alude a la nueva Historia, que, bajo el rótulo de «Historia social» se está desarrollando con notable incremento, que Braudel define como «historia de grupos, de estructuras, de destinos colectivos», que no nos va a dar, según la vieja ilusión, tan discutida un día, una Historia sin nombres, pero aspira a darnos un sistema del acontecer que le permita dominar el curso del pasado. Al mismo tiempo, esa Historia lleva consigo un ensanchamiento de sus objetivos, que no son ya hechos de breve duración, sino amplios conjuntos que suponen un tratamiento historiográfico del tiempo diferente de lo que hasta ahora venía siendo. Es la Historia de la *longue durée*, o, como otros denominan, *antiévenementielle*.

¿Qué decir del concepto de estructura, tal como lo entiende y usa Maravall?

Podría parecer, en un primer momento, que la definición que nos ofrece de estructura no supera el nivel de una serie de asociaciones sinonímicas: «El todo es más que la suma de las partes»: estructura es el equivalente de sistema o totalidad interrelacionada, estructura es sinónimo de organización, etcétera. La extrema generalidad de esta idea, vieja como el pensar mismo, tendría, de por sí, escaso rendimiento epistemológico. Los problemas comienzan en el momento en que abandonamos ese plano general. «Es ésta (la estructura) algo real o una simple ficción. ¿Es preciso ver en ella un esquema abstracto, un cierto ángulo que permite dar cuenta de los hechos, o constituye la revelación misma de los hechos? ¿Es la pregnancia misma de los hechos, o una construcción efectuada por el sujeto? ¿No es posible pensar que se instituye en un dominio precisamente en el que se borra la dualidad del sujeto cognoscente y el objeto conocido? ¿Es estática o dinámica, sincrónica o diacrónica?»¹⁹.

La descripción dada arriba del término estructura por Maravall permite responder con toda claridad a esta serie de interrogantes. R. Boudon distinguía un doble nivel en el uso del término «estructura»: un nivel de definiciones *intencionales* (que se reducen a describir o mostrar un objeto o fenómeno como sistema o totalidad interrelacionada), y un segundo nivel de definiciones *efectivas* (aquéllas en las que la estructura se mantiene a un nivel de mediación entre el operador y el fenómeno, a modo de rejilla operatoria o modelo instituido por el operador, y que constriñe al fenómeno a mostrarse o exhibirse como sistema, a responder a las sollicitaciones del operador, a revelar una estructura profunda bajo una estructura superficial²⁰. Parain-Vial, a su vez, distinguía tres niveles en ese mismo uso: la estructura como esquema o esqueleto de la realidad, la estructura como modelo, y la estructura como esencia²¹.

Para nuestro propósito interesa aquella observación de Boudon, según la cual el intento de analizar el concepto de «estructura» por su contenido es indistinguible de las asociaciones sinonímicas arriba transcritas. Algo totalmente distinto sucede si se tienen en cuenta los contextos en que aparece. Lo que distingue la noción de «estructura» de sus asociaciones sinonímicas es nada más y nada menos que lo que se puede llamar «el lenguaje científico de la teoría de los sistemas». De otra manera: la única manera de captar la significación de la noción de estructura consiste en comprender que aparece en el interior de un discurso científico, y que toma sentido solamente por las funciones que asume en el interior de ese discurso. La noción de «estructura» no interviene sino a partir del momento en que se decide efectivamente considerar un objeto como sistema, y la estruc-

¹⁹ J. Viet, *Les méthodes structuralistes dans les sciences sociales*, Mouton, París, p. 2.

²⁰ *Analyses structurales et idéologies structuralistes*, Privat, Toulouse, 1969.

²¹ *A quoi sert la notion de structure?*, Gallimard, París, 1968.

tura de un sistema es siempre el resultado de una teoría hipotético-deductiva aplicada a ese sistema. Si este es el sentido general en que, según Boudon, el concepto de estructura rinde su validez heurística en las ciencias sociales —aunque su operatividad puede mostrarse en varios tipos de contextos— pensamos que es éste y no otro el que aparece en la obra de Maravall, no ya únicamente en sus textos teóricos, sino en su praxis de historiador. Así, en la introducción a *Poder, honor y élites en el siglo XVII* se lee:

El marco a observar, sobre el cual quisiera alcanzar a poder establecer un cierto sistema de relaciones de interdependencia, conectando entre sí y reduciendo a un conjunto articulado sus datos varios, no es otro que el del absolutismo monárquico, visto como un período de la sociedad española. Para ello, empieza por pedir que se tengan en cuenta dos cosas: primera, que un «período histórico» para mí no es un mero dato cronológico recortado, y, sirviéndonos de algunos datos de referencia externos, aislado, más o menos relativamente, del curso temporal del acontecer; es una construcción estructural construida interpretativamente por el historiador, pero no abstraída hasta el punto de ser presentado como un bloque de relaciones sincrónicas, inmovilizadas y sacadas de la corriente de los cambios; muy al contrario, es una construcción móvil —según la expresión que algún artista de nuestro tiempo ha inventado para sus esculturas—, es una estructura del movimiento, dinámica por sí misma, en la cual las posiciones de sus elementos varían en la diacronía del acontecer, y, en cierto modo, van sumando pequeñas alteraciones en la configuración global de la estructura. Nunca he podido pensar que la larga duración nos ofrezca los mismos aspectos, durante toda su extensión, de una realidad histórica. En ésta se van introduciendo innovaciones, de las cuales comprendemos muy bien que incorporen cambios —eso es lo que esperamos—, pero permaneciendo válida, desde el punto de vista de la interpretación científica del observador, la figura conjunta en la que se entrelazan.

6. El saber histórico es un saber del presente, por cuanto está hecho desde él. Ello no significa que el papel del historiador consista en revivir de tal modo el pasado que se convierta prácticamente en un jirón del mismo, de igual manera que la misión del geólogo no consiste en convertirse en cordillera. Tampoco la Historia —contra la pretensión de un Tucídides o un Cicerón— ofrece indicaciones sobre cómo comportarse en el futuro, sabiendo lo que, en circunstancias análogas, ha sucedido en el pasado. Aunque la Historia es una ciencia del presente, ello no significa que sea, sin más, el saber del presente, sino el saber de algo que en el presente se encuentra, de un pasado vivo, en cuanto que de él vienen nuestras posibilidades. Ahora bien; todo saber reclama un distanciamiento. Entre la hermenéutica de la vida y la comprensión de una figura histórica hay una distancia que no se puede eliminar. Contra ciertas interpretaciones de la Historia en el pasado —entre ellas la del mismo Nietzsche, que concebía la Historia en relación con los puros valores vitales— afirma Maravall que la Historia es un saber objetivo alcanzado al margen de toda valoración y que sólo así puede efectivamente ser empleado en nuestras valoraciones de hoy. La Historia, al estudiar el pasado sirve al presente, esto es, a nuestro conocimiento y dominio del presente; pero a condición de distanciarse convenientemente de él. Y también, contrariamente a Scheler, afirma que la Historia no es sin más el «saber del hombre», ni mucho menos la fundamentación de una antropología que trate de alcanzar la esencia de lo humano a través de «los modos típicos en que el hombre se ha pensado, se ha contemplado, se ha sentido y se ha visto a sí mismo en los diversos órdenes del ser». La Historia sí deposita su saber en el presente y, por tanto, para el pre-

sente, pero la misión de la Historia no es la de mezclarse con el presente: ni programa de acción, ni diagnóstico de nuestro tiempo, ni arsenal de argumentos, sino un saber de las cosas humanas que de una u otra manera se hallan en el presente. El historiador abandona la consideración del presente a otros investigadores. La Historia es la conciencia que alcanzamos del nivel de nuestro tiempo. El historiador, cuya misión no consiste en superar la Historia, sino quedarse en ella, constata permanencias, no perennidades; constata constancias, no sólo transiciones. Cuenta con lo constante y con lo transeúnte en el concepto de cada situación singular. Ciertamente que en la Historia se advierten eclipses y repariciones, y que entre situaciones que aparecen separadas por otras intermedias se producen relaciones de congruencia, como no es menos cierto que es propio del saber histórico cambiar con las épocas, porque se transforma el panorama a medida que se desplaza el punto de vista, siendo, no obstante, uno el pasado. De ahí esa acción plástica, configuradora, que cada presente ejerce sobre la imagen de la Historia, y de ahí también una cierta congruencia de esas imágenes. El objeto de la ciencia de la Historia no es ni lo que permanece ni lo que varía, sino una y otra cosa en el total que conjuntamente arrojan en cada caso, porque sólo en ese conjunto se da lo singular, lo históricamente irrepetible. La existencia humana de los individuos y de los grupos pasa y, al pasar, se desrealiza, pero queda como posibilidad para el presente. Como decía Ortega, el hombre europeo ha sido cristiano, como ha sido platónico, como ha sido estoico, como ha sido gobernante romano, como ha sido paleolítico, y todo esto que ha sido sigue siéndolo en el modo de ingrediente abstracto de su actualidad; si le hubiera faltado la experiencia radical del Cristianismo, sería hoy muy distinto del que es. Y esto que transcurre —razona Maravall— y que, justamente por transcurrir queda, es lo que captamos bajo la categoría de posibilidad.

El saber histórico se decanta como experiencia de la vida, que cada uno puede asimilar y encajar en su propia postura vital. Pero «tocamos aquí un límite de lo histórico en que el saber del pasado, desde dentro de la persona, se abre a problemas éticos y, en definitiva, supra-empíricos»²².

Enfrentado, por fin, al problema del progreso en la Historia, Maravall se aleja tanto de la idea de progreso que elaboraron los ilustrados como de la que elaboraron los positivistas, y prefiere hablar de *crecimiento*. Enhebrando reflexiones en que se aúnan la antropología orteguiana, los testimonios de los grandes historiadores, de la biología y de su propia experiencia de historiador, piensa que al conocer y dominar los cambios de la vida social e individual que superan el mundo biológico, el hombre se libera del proceso de la evolución para convertirse en autor del drama de su Historia. Pero, porque el proceso de los cambios trae novedad a la existencia humana, ésta cuenta con cada vez más ricas posibilidades. El crecimiento es un más, un aumento cuantitativo. En este sentido, el crecimiento en la Historia añade novedad, porque al ser más es diferente de lo que había. El evolutivo enriquecimiento de cosas da al hombre un sistema de posibilidades en que el presente transforma la herencia del pasado que en su umbral se halla depositada: un mundo de posibilidades tiene como correlato una vida como crecimiento. Si se quita de Toynbee el grueso resto de biologismo que en él hay, y de Hegel se descarga el hecho de que la marcha de la Historia se desarrolla propiamente fuera y sobre la His-

²² Ob. cit., p. 243.

toria, aparece el concepto de crecimiento, que Ortega había desarrollado. Con la técnica y la Historia el hombre se libera del pasado natural y del pasado humano, y al colocarse por encima de ellos, al hacer subir de esa manera el nivel de su existencia histórica, hace crecer su vida y la Historia en que ella se le da. Y al asumir conscientemente ese movimiento en la ciencia de la Historia, el pasado deja de ser el contorno opresor de cuanto le ha acontecido al hombre, para ofrecérsele como horizonte de libertad sobre el que asciende y desde el que marcha hacia el mañana convirtiendo cuanto ha recibido de atrás en posibilidades de su acción práctica (*ibidem*, p. 280).

Y, enfrentándose a la libertad abstracta del idealismo, sentencia: «Frente a la Historia como proceso de una libertad absoluta, la Historia como medio de que el hombre se sirve para ejercer una actividad de autoliberación, para realizar la libertad concreta y eficaz de su existencia».

Manuel Benavides Lucas

